

El cuerpo en el transexual*

JOSÉ LUIS BRUM

RESUMEN

A propósito de un caso de transexualidad masculina se discute dicha entidad desde el punto de vista de distintas concepciones psicopatológicas, sus implicancias teóricas y metapsicológicas y su relación con diversos problemas teórico-clínicos de la práctica psicoanalítica. ¿Perversión o psicosis? Para Stoller la relación madre-hijo no deja en estos casos lugar al acceso a la masculinidad del hijo; se daría un desarrollo de la identidad primaria de género femenino, precoz y no conflictiva. El deseo del transexual sería el de tener un cuerpo acorde con su psiquis femenina. La madre se recrea a través de su cuerpo en su ideal de falo perfecto, su hijo feminizado. ¿Madre o hijo delirantes? ¿Fusión sin angustia ni psicosis? Safouán diferencia al transexual del perverso en tanto aquél realiza su proyecto en lo real y éste en lo imaginario. Lo único que se hace falóforo para el transexual es el cuerpo de la madre, el otro de la demanda, lo que hace imposible un más allá del deseo que precisa de la insatisfacción y de la prohibición. Sólo despojándose del pene se le haría accesible el deseo.

En este trabajo se ilustra la mencionada entidad psicopatológica con el material de entrevistas y autobiográfico de un paciente en el que se aprecian los elementos clínicos y teóricos que se desarrollan. Se hace luego un análisis del delirio transexual de Schreber a partir de sus Memorias y de los comentarios del estudio freudiano.

A continuación se estudia, desde el punto de vista de la teoría psicoanalítica, el mito, el cuento, la antropología, la figura de la madre primitiva en su

* Escrito especialmente para La Revista Uruguaya de Psicoanálisis.

caracterización, formas de manifestarse y papel que juega en el desarrollo y la clínica.

Se busca caracterizar la imagen de la madre fálica desde diversos puntos de vista y el papel que juega en la clínica junto al de la castración de la madre. Se analiza también el papel de la figura del padre, su ausencia y las consecuencias que resultan de ello.

Diferencia de sexos, masculino-femenino, se inscriben en estructuras diferentes según se trate de psicosis, perversión o neurosis.

“El Judío Eterno debió obligatoriamente haber sido emasculado (haber sido transformado en mujer), para poder traer al mundo niños. La emasculación se practicaría de manera que los órganos genitales (externos) masculinos (escroto y miembro viril) se retrajeran al interior del vientre y, por una deformación concomitante, los órganos genitales internos fueran cambiados en sus homólogos para el sexo femenino. Este proceso se operaría probablemente luego de un sueño más que secular, porque sería necesario, en efecto, que intervinieran grandes modificaciones en el sistema óseo (pelvis, etc.). Se produciría así una involución o una inversión del proceso de desarrollo que tiene lugar en el feto humano alrededor del cuarto y quinto mes de la gestación, según que la naturaleza dé una división al niño en sexo masculino o sexo femenino. Como sabemos, éstos son los dos sexos que a la vez se instituyeron en el curso de los primeros meses de embarazo, y las características específicas de estos dos sexos que no están destinadas a desarrollarse detienen su evolución en un estado inferior y subsisten bajo la forma de órganos rudimentarios, como es el caso de los senos del hombre. La facultad de lograr el milagro de la emasculación es la propia de los rayos divinos inferiores (Ahrimán); los rayos del Dios superior (Ormuz) tienen la facultad, si tienen la ocasión, de regenerar nuevamente la virilidad.”

Daniel Paul Schreber (1)

INTRODUCCIÓN

Dos jóvenes adolescentes de sexo femenino pasean una tarde por el Parque Rodó cuando se cruzan con un travesti que las mira en forma desafiante. Una de ellas se muestra angustiada ante lo cual la otra ríe y comenta: “Una mujer con cuerpo de hombre”. Esta afirmación tiene la propiedad, a través de la palabra, de hacer una doble aseveración en la cual se realiza aquello que el travesti imaginariza en su ilusión. Lo que esta adolescente en su fantasía realiza a través de la palabra, o el travesti en el juego imaginario de la escena que monta, lo lleva a cabo en lo real el transexual en forma invertida: un hombre con cuerpo de mujer. Los tres, a su modo, se ven capturados en el engaño de una metamorfosis imposible. El origen de la diferencia de los sexos, como el del lenguaje, se pierde en el tiempo, como Freud lo señalara más de una vez. Pero también hizo notar que es premisa indispensable en psicopatología esta posibilidad de negar la procreación, función al servicio de la especie que podríamos catalogar como la función de apoyo, de la sexualidad genital. Es el ser humano el que dispone de este privilegio que le permite, en lo individual, la construcción de múltiples mitos al servicio de su narcisismo. Ilusión o escena del sueño, de la cual, si se despierta, arroja en el delirio o en la angustia de castración. Entre la psicosis y la fobia, el mito del andrógino, que lleva el nombre del padre y de la madre (Mermes y Afrodita), realiza la síntesis imposible... aquel que se bañe en estas aguas del lago Salmacis pierde la potencia.

El plan de este trabajo es el de articular el estudio de un caso de transexualismo masculino (aparente paradoja de un hombre que quiere transformarse en mujer), con el material de casos, mitos, etc., ilustrativos de esta patología.

El propio término de transexualidad, la difusión que se da a estos casos y el exhibicionismo de estos pacientes, han creado una fantasía colectiva en la cual ingenuamente se realiza el deseo del cambio de sexo, lo que de por sí anula la diferencia. De este modo nos convertimos en voyeuristas de una ciencia médica omnipotente. En otras palabras, entramos en el juego de haber conquistado la virtualización de la diferencia de sexos. Sin embargo podemos, como analistas, rescatarnos, preguntándonos cuál es la demanda de ese pedido al que dan satisfacción médicos, cirujanos o el público que los aplaude. Como vamos a ver a continuación, la transexualidad es una entidad

nosográfica distinta de la perversión o de la psicosis, como las conocemos corrientemente.

Para delimitar las características de este cuadro clínico, es imprescindible recurrir a la semiología que de él hace en sus trabajos Robert J. Stoller. Las discrepancias son a nivel de las explicaciones psicopatológicas y dinámicas que el autor desarrolla; pero, evidentemente, le corresponde el gran mérito de haber sido el que “aisló” y estudió mejor la el ínica y la semiología de los pacientes transexuales y sus familias.

Dicho autor se planteó el interrogante de cómo era posible que un hombre deforme la realidad de tal manera que, desconociendo la masculinidad de su cuerpo (identidad de género), declare que él es una mujer. (2)

Stoller lo ilustra con el caso de un niño de cinco años, (3) de quien muestra un dibujo donde el cuerpo de éste y su cara son el puño y brazo de la madre, y donde ambas miradas “son prácticamente una, para participar de la vista de un mismo mundo”. Este niño físicamente hermoso y al que se le pone el nombre de un héroe, hace sentir a su madre en una **unidad total con él; goce de una intimidad y un amor infinitamente próximos donde el objetivo de la madre es el de hacer todo lo necesario y posible para prolongar ese sentimiento de felicidad procurado por tal intimidad.** Primer hecho feliz en la vida de esta madre que fuera hija no deseada, no nacida varón, que había deseado convertirse en varón y cuya vida había transcurrido en un estado de depresión crónica. Dice Stoller: “Habiendo creado un magnífico falo, que había ardientemente deseado, y sintiéndose así entera, intacta, completa y curada de su triste pérdida de esperanza, no podía renunciar a su remedio, el encantador hijo.”

Las conclusiones clínicas a que llega este autor parten del análisis de tres niños de edades entre cuatro y cinco años, que ya a esta edad eran transexuales probados, así como del análisis de una de las madres. Dichos niños, anatómicamente normales, utilizaban toda clase de medios para vestirse y comportarse como niñas, jugaban exclusivamente con éstas (adoptando papeles femeninos), se sentaban para orinar, afirmaban que eran niñas, que llegarían a ser mujeres cuando grandes, y preguntaban cuándo les iban a crecer los pechos y por qué no se les podía sacar el pene. Estos rasgos aparecieron en general a los dos años de edad, o incluso antes. Las madres no

manifestaban el deseo de que su hijo fuera niña, pero no desalentaban sus conductas.

En lo que tiene que ver con la relación madre-hijo lo que se constata es, desde el nacimiento, un vínculo que durante meses o años se caracteriza por una extrema intimidad compuesta de microcomportamientos tales como: el modo de mirarse a los ojos, la intensidad de los abrazos, lo exagerado de una caricia; vínculo extenuante pero que, si se rompe, amenaza con arrojar a la madre a la situación anterior en que vivía. Estas madres no contrarían los deseos del hijo, pero sí reducen al mínimo todo tipo de separación con su cuerpo en una actitud permanentemente envolvente.

Por otra parte, alientan en el hijo la adquisición de conocimientos y sensibilidad, aunque todo lo hacen juntos, como “bebiéndose con los ojos”, ***disolviendo los límites del yo y fundiéndose uno en el otro ser amado. De ese modo, el cuerpo femenino de la madre carece para el hijo de misterios, tanto como le es desconocida la masculinidad de su padre.*** A través de este ***contacto persistente y constante con el cuerpo de la madre, con toda la superficie de él, madre e hijo constituyen un ser único.*** No hay en las fantasías, sueños, juegos o conductas diversas de estos niños, nada que permita descubrir el desarrollo de la masculinidad o el temor de ser mujer. En la experiencia analítica del autor, sólo luego de años de análisis comienzan a interesarse en el pene, a desarrollar fobias, muestran agresividad y aparece el hombre en sus juegos o en sus dibujos. Llama poderosamente la atención que con esta descripción el autor no haga alusión al narcisismo y al carácter incestuoso del deseo que se convierte por parte de madre e hijo en una verdadera ***“realización”***. El goce ilimitado y sin secretos del cuerpo de la madre, la falta de la barrera del tabú del contacto (lo contrario del fóbico) que se lleva a cabo a través de la piel, la mirada, etc., y que constituía para Freud la primera valla que se interpone como prohibición al incesto es lo que está totalmente ausente en estos pacientes. ¿La ausencia de ansiedades de castración con respecto al pene estaría a favor de una forclusión? La única preocupación es la de deshacerse de “eso que cuelga”, que es lo que puede llevar a tales ansiedades.

Stoller se interroga sobre el hecho de cómo puede ser posible tal distorsión en la relación madre-hijo sin hostilidad o sin conflicto. Se pregunta si se trata de un delirio o de una ilusión, siendo que ambas son falsas creencias

pero donde el delirio recrea la realidad a diferencia de la ilusión. **Entiende que en el caso del transexual no se niega la realidad exterior.** La hipótesis sostenida por él es la de que la parte más primitiva de la identidad del género, es decir, la masculinidad o femineidad, constituye lo que él llama el núcleo de la identidad del género, es decir: “el sentimiento primero y fundamental de que uno pertenece a su sexo”. Es posible -dice- que esta parte precoz, inalterable de la identidad del género, se desarrolle en forma silenciosa, sin conflictos, muy precozmente, y de ahí su fijeza. Este proceso tendría como mecanismos aquellos descubiertos por la etología, tales como el imprinting, lo que permitiría que no exista el trauma o el conflicto en el desarrollo de este núcleo de la identidad del género.

En un trabajo posterior titulado “Hechos e hipótesis”, (4) Stoller analiza diferentes casos de intersexualidad, mostrando cómo niños con malformaciones congénitas de sus genitales externos que llevaron a un diagnóstico equivocado de sus genitales y que fueron criados contrariamente a su sexo cromosómico, no sufrieron consecuencias psicológicas de importancia y **adquirieron un desarrollo psicosexual de acuerdo con el sexo que les fuera atribuido al nacer.** En el caso del transexual, la fusión desde el nacimiento con la madre, anterior a una estructura yoica capaz de lograr las complicadas operaciones que una identificación implica, hace que se desarrolle un proceso primordial, no mental, para él asemejable al imprinting o al condicionamiento, producto de ese mundo externo que se ofrece al niño y de una actividad fisiológica interna, proceso silencioso, visceral, no mental.

El deseo del transexual sería el de cambiar su sexo de modo tal que su cuerpo estuviera conformado como su psiquis. Dice Stoller: “El destino no es la anatomía, sino lo que los hombres hacen de ella.”

Veamos ahora cuáles son las explicaciones psicodinámicas que da Stoller. Para ello me referiré al Capítulo VIII de su reciente libro “La perversión” (5), capítulo que tiene que ver con la angustia de simbiosis y el desarrollo masculino. Los primeros signos de masculinidad aparecen alrededor del año. El estado anterior proto-femenino no es en general observable, salvo cuando se prolonga, como en la experiencia transexual. Estas madres “... plenas de odio y envidia hacia los hombres, han creado un poco de ellas mismas, a través del intermediario de su cuerpo. En una suerte de partenogénesis simbólica que rechaza al marido, ella ha forjado lo mejor de sí misma, su ideal,

el falo perfecto.” En otra parte, dice: “Volviendo finalmente a la ilusión parece como que la lucha que mantiene la madre contra su delirio deviene la ilusión de su hijo, como frecuentemente ocurre de una generación a la otra. Ella tendrá ahora en su posesión un hijo, que es su falo feminizado. Es utilizado para realizar su delirio; pero para su hijo esta experiencia es la realidad, *no* un delirio.” No hay rechazo de parte de la madre a la masculinidad de su hijo, pero tampoco la posibilidad del desarrollo de una heterosexualidad con ella. En el caso de una niña es claro cómo no puede existir esta amenaza a la identidad sexual, razón por la cual Stoller niega la existencia del transexualismo femenino; son homosexuales.

La angustia provocada por el deseo de retornar a la simbiosis con la madre constituiría una función normativa primordial en el proceso de des-identificación e individuación. El malestar que sienten los hombres frente al misterio que evocan los poetas ante la femineidad, surgiría de la necesidad de erigir un obstáculo frente al deseo de fusión con la madre. Así, el transexual sería una excepción a esta regla de defensa ante la psicosis, cosa mucho más frecuente en estas situaciones de fusión. Las madres de los transexuales procuran en todo esta diferenciación entre self y no self, menos con respecto al sexo y la masculinidad.

De la poca literatura que hay a nuestra disposición sobre el tema, he desarrollado los puntos de vista de Stoller, por el enorme valor que tienen el aspecto clínico y la descripción nosográfica de una entidad relativamente nueva dentro de los procesos mentales. Aunque seguramente puede estarse en desacuerdo con muchas de las explicaciones psicodinámicas que él aporta, es innegable el mérito de incorporar al psicoanálisis el conocimiento de una entidad que, si bien es difícilmente accesible como tal, puede ser un aporte en la comprensión de algunos aspectos de otros pacientes, neuróticos o psicóticos.

El trabajo de Moustapha Safouán sobre transexualismo en el libro “Estudios sobre el Edipo” (6), representa un modo de pensar bastante diferente, Safouán establece de entrada una diferencia entre el perverso y el transexual, tomando como ejemplo lo que ocurre con el travestismo. Esta perversión -dice el autor- impone a lo real la forma de su fantasma, y de esta manera imaginiza lo real, de ahí el aspecto de juego de sus manejos. El transexual, por su parte, en cambio, rechaza lo imaginario consumando en lo real su proyecto. *Las madres*

de estos niños, para quienes nadie es falóforo, ocuparían ese lugar con su propio cuerpo; de este modo, la relación con la madre se haría en base a lo único que el hijo puede reconocer como un otro, a quien él “reconoce”, el otro de la demanda, sin un más allá del deseo que necesita de la insatisfacción y la prohibición para su existencia como tal.

La ausencia de la figura del padre es descrita por Safouán como “dinámica, viviente y tanatizante en sumo grado”; nada permite integrarlo en un orden simbólico, dada su presencia muda y fantasmal. A la pregunta de cómo se da la aprehensión del Otro, responde Safouán que la simbiosis no puede darse sin situación traumática, no puede darse sin reminiscencia, y ésta sin mediación de la palabra, es decir, sin la mediación de la relación subjetiva con el orden simbólico. La palabra pone al sujeto en relación con algo que está mucho más allá de lo que la palabra puede articular como demanda. No se trata de contacto, sino de deseo. No hay pene que sea fálico, todos sus representantes son rechazados. El pene de este hijo sólo puede ser fálico a condición de excluirse como tal. Pero, ¿dónde va a encontrarlo? El transexual necesita despojarse de su pene para dejarse el terreno libre como ser deseante, para ser capaz de reencontrar un objeto semejante. Este órgano, perteneciente tanto a él como a su madre, corre el riesgo de transformarlo en su doble. Concluyendo con lo que dice Safouán, transcribimos: “Esta apariencia, esta plenitud delirante de lo real, este engañoso éxito de simbiosis no habrá dejado de traer aparejada una forclusión del nombre del padre.” Ellos mismos ocupan el más allá de la demanda, son las verdaderas mujeres en su exigencia de una castración real.

UN CASO CLÍNICO

El próximo paso es el de comentar las entrevistas y autobiografía de un paciente transexual, para luego ver cómo se repiten ciertos aspectos en otros pacientes.

El paciente se presenta con todos los atributos que caracterizan a una mujer. Su pelo, su modo de vestir, su voz, su cuerpo, sus gestos evocan, en cualquier persona que lo trata, a una mujer. Comienza la primera entrevista diciendo: **“Tengo muy pocos recuerdos antes de nacer, creo que ninguno, y después apenas inciertos recuerdos vagos, no sé si voy a ser muy *positiva* porque últimamente tiré mucho a la basura y quedé con lo más importante.”** “Para vivir un problema como lo viví yo es mucho, ya tengo 36 años y entonces sí, se hace poquitito, ***un borrón y cuenta nueva.***”

En este borrar y empezar de nuevo se expresa a través del lapsus, su ser en la vida un borrón, y la pasión que encauza su deseo: empezar de nuevo. La palabra “borrón” es una referencia a su apellido. A la vez, su nombre nos remite a la genealogía del paciente. Nacido en “un antiguo reinado del indio pampa”, con un padre llamado **José** y una madre llamada **Genara**, una hermana Nelly que en todo representa a su madre y un hermano intermedio (nacieron mellizos, uno murió y el que sobrevive se llama **Lázaro**), por último el paciente, que, a su decir, viene a ocupar el lugar del muerto y a quien se le da como nombre **Ángel** Luis, “los ángeles tienen alas y no tienen sexo”.

El padre desaparece pronto de su vida, a los tres años, conservando el paciente sólo el recuerdo del funeral (que insiste en recordar en las entrevistas) y los valores sociales que éste representaba para todo el pueblo. En esos tres años el contacto con el padre es muy exiguo, ya que éste vivía para sus intereses, y (como Stoller señala) en una actividad laboral que de alguna manera tiene algo que ver con actividades femeninas: es joyero y tiene un bazar.

De la madre que **genera** esta familia, dice el paciente: “Mi mamá era una ***joven viuda, linda y un poco soberbia.***” “Entonces la lucha de mi mamá y mi hermana fue tremenda, maravillosa, sacrificada y continua. Trabajaban mucho para subsistir y a veces pasábamos hambre. Mi madre corría para poder alimentarme mejor a mí.” El recuerdo que tiene el paciente de esta época sobre

sí mismo es el de que: **“Era un bebé maravilloso** en el sentido de que era muy tranquilo, no molestaba ni lloraba, me podían poner horas enteras en un lado y ahí estaba. Parecía que no existiera.”

La imagen de la madre se completa con un fragmento de la autobiografía, que dice: “Un día se incendió una gran fábrica y me llevaron a ver lo que era eso, cuando en determinado momento ocurre algo maravilloso, era Evita (Perón) que llegaba en un coche para enterarse de la suerte de los obreros. Yo, que era chiquita, me libré de la guardia y corrí al auto para ver a esa **hada fascinante**, la llamé y ella sacó la mano para tocarme la cabeza. Jamás volví a ver unas **manos más bellas y perfectas. Esa mujer no era de este mundo.**” Esta nueva Eva que desplaza en el mando al hombre (de incierto origen y sin descendencia) es objeto del culto que fascina siempre que regresivamente se trasgrede el lugar del padre.

La niñez transcurre dentro de su casa y en contacto con su madre y hermana. Sus juegos son sólo con niñas y siente horror por los varones. Cuando empieza la escuela, lo hace al comienzo con mucho temor, pero luego hace gran amistad con sus maestras y le encanta “... ponerme la túnica e ir a la escuela. El **poder volar como los pájaros** es lo que he soñado mil veces. Siempre tuve y tengo sueños muy lindos.” Ya sea en la escuela o posteriormente en su adolescencia, comienza a tomar conciencia de su conflicto de identidad: **“El sistema de ella** (la sociedad), lo que sea, hace que la gente no tenga casi contemplaciones con ellos mismos ni entre ellos mismos, menos lo van a tener con **una persona que la ven pasar y no saben lo que es.**” Por esa época. “Yo no me sentía de ninguna forma, no era varón ni mujer, podría ser porque no pensaba en nada, simplemente vivía la niñez.” “Ni en sueños era un niño; en el sentido de sexo era una criatura. Aparte, yo estaba mucho tiempo con mi madre y no tenía oportunidad de salir y ponerme en contacto con otros chicos.” De su adolescencia dice en la autobiografía: “No me arrepiento de haber permanecido toda mi adolescencia pegada a mi mamá, a los niños que veo en las calles les diría: Vayan con su mamá, a disfrutar de su mamá, que es la etapa más pura y perfecta de la vida. **Yo sin querer disfruté totalmente, plenamente a mi mamá.** Aunque no era su preferida; aun hoy **se le iluminan los ojos** cuando mira a mi hermano. Pero mi mamá era tan linda y tenía tanto amor para dar que la parte que me tocaba a mí era más que suficiente. Renunció a todo por nosotros, eso es amor. **Lo lindo que**

era verla y escucharla, porque siempre fue muy seductora, muy dulce. Mi hermana siempre estuvo celosa de la atención que acaparaba mi hermano de parte de mi mamá, no **entendió nunca el mensaje.**”

No existe hasta ese momento la noción de sexo, a pesar del rechazo hacia las prácticas sexuales que observaba en los varones. Tampoco dice haber vivido las fobias propias de la infancia: “Tuve una infancia feliz. Era un poco así, de la fantasía de leer novelas, inventar cosas y evadirme en el mundo de las fantasías. Entonces no tenía contacto con la realidad, así eso mismo hizo que la niñez en mí se prolongara muchísimo.” Pero ocurre que hacia los quince años: “Comencé a darme cuenta, a pensar apenas en cosas sexuales, en fantasías sexuales. Me liberé de la parte más fea de la homosexualidad, por el hecho de que no tuviera desarrollo y que haya una atrofia prácticamente total.” De su autobiografía extractamos: “Cuando cumplí quince años se me terminaron los privilegios de la niñez, tuve que empezar a **responderá la sociedad** porque no era normal, es decir, porque las chicas no me interesaban y **por ese detalle** no era normal. **Mi mamá me defendía diciendo que yo estaba enfermo**, y yo mientras no era nada, ni hombre ni mujer ni marica; hombre por supuesto no era; al menos ya comenzaba a saber lo que no era; pero tenía una **cédula de identidad** que figuraba a nombre de Ángel Luis y aparte **tenía esa cosa allá abajo**. Nació en mí la necesidad de que “eso” que había allí no se notaría jamás. Fue cuando comencé a usar tiras, elásticos y cualquier cosa que lo agarrara, inclusive estrangulara aquello.” “A los quince años comencé a ver “eso” como algo horrible y ya desde esa época cuando me iba a bañar, **casi no quería ni mirarme esa zona**, por que me empecé a dar cuenta de que iba a ser de alguna forma la causa de mi desgracia en la vida. Prácticamente ya no funcionaba, **yo le negué el funcionamiento** porque no tenía ningún interés de que eso funcionara.”

Su cuerpo por esta época comienza a ser visto de la siguiente manera: “Ya mi femineidad era demasiado evidente, ya tenía un busto muy pequeño pero busto al fin, y si a eso se le agregaba mi voz, mi cuerpo estilizado y **mis piernas perfectas...**”

Comienza a buscar relaciones con hombres que fueran “... portadores de una voz perfecta, **actores parecidos a un dios griego, con nariz griega y voz de trueno.**” Lo que recuerda de la relación con uno de ellos es que era artista, declamaba, pintaba, decoraba, hacía escenas y lo personificaba a él

disfrazándolo. Con el tiempo conoce a un hombre con el que mantiene una relación de pareja durante diez años, relación a la que califica como "... una relación perfecta, el gran compañero de mi vida. Lo reconocí como mi destino, lo quise como hombre, sexualmente, completamente... la verdadera relación con todos los matices que puede tener la pareja dentro de las posibilidades que me brindaba mi problema."

Esta convicción de carácter delirante, en la que se adjudica el rol de la mujer perfecta (manos, piernas, etc... como representantes fálicos por desplazamiento, como se ve en la histeria femenina), es muy distinta al comportamiento de los homosexuales y al modo en que el propio paciente califica los intereses de éstos. Para él, los homosexuales son "... los que canalizan todo en un único interés vital, el más primario, el sexo. Sus ojos son como un rayo Láser (toda su vitalidad está concentrada en un solo objetivo, el bulto masculino), son muertos que caminan, **sólo cobran vida** cuando sus ojos divisan el objetivo de sus amores, lo que al hombre le cuelga; no buscan al **hombre** sino al **macho** de la especie humana. Por esto consideró siempre que sus éxitos eran normales: "Normal en el sentido del **nivel normal de la sociedad y el sistema.**" Dice en la autobiografía, sobre la relación con este hombre con el que vivió diez años, que fue el de ellos un matrimonio perfecto, siendo él el hombre más hombre, un ser extraordinario, **un hombre luz, un hombre sol** donde el amor, el sexo, la vida era todo, una sola, única, bella y armoniosa melodía. Pero dice también que "**... la mujer termina siendo madre de su hombre. Aun cuando son hombres de voz gruesa, genitales prepotentes y trabajo fecundo, son grandes desvalidos en su esencia.**" "**Para pasar el examen y llegar a ser la mujer maravilla, de diez mujeres, muy pocas son mujeres sino más bien hembras que entraron coladas en el mundo.**" "**Aquellos que quisieron hacer penetrar en mi mente lo que nunca fue mi verdadera conciencia, la de haber tenido un pene, no entienden que la que puede darse ese lujo y la que es envidiada es aquella que es capaz de componer su descompuesta estufa propia.**" **Su misión social en el futuro cree que puede ser el continuar la labor trunca de Evita.**

Veamos ahora el porqué de este pedido insistente, prácticamente la única meta en su vida, la de ser intervenido. La justificación es la siguiente: "Lo menos que puedo esperar en este momento es entrar en la sociedad y ser una

señora. Pero me falta el respeto de la sociedad, lo importante en este momento es ser una señora digna, respetable, o sea, masque una salida con una operación -lo que deseo no es una salida sexual- es una **salida social, ya que no hay otra salida**. Una persona normal tiene que identificarse, nuclearse en un ambiente equis, y pienso que la sociedad, **la humanidad está compuesta de dos partes, hombre y mujer, y no hay excepción fuera de eso**. Los que no lo son, son marginados. No quiero entrar en un marginamiento tan horrible”. **“Yo voy aceptando el sistema totalmente con sus leyes”**. Les decía a las doctoras: “¿Tengo que ser una mujer perfecta? Si fuera una mujer perfecta no estaría aquí ahora.”

EL CASO SCHREBER

Vamos a pasar ahora a las transformaciones vividas y relatadas por Schreber y a los comentarios que Freud hiciera de este caso en lo que se refiere al aspecto transexual del delirio, dejando de lado, inevitablemente, el aspecto del análisis de la psico-patogenia de la paranoia.

En primer lugar, es destacable que los trastornos de Schreber comenzaran con **temas de predominio netamente hipocondríaco**. Por otra parte, lo que el informe médico legal menciona como la aparición de elementos alucinátenos y persecutorios delirantes incluye un sinnúmero de cenestopatías descritas como el hecho de que el paciente **se sintiera muerto** y en estado de putrefacción, apestado, que imaginara que se libraban en su cuerpo toda clase y suerte de prácticas abominables, cuadro que luego lleva a un estado de inmovilidad total (estupor alucinatorio) y a la manifestación, por parte del paciente, de que es torturado de tal manera que desearía morir, al punto que en varias oportunidades intenta suicidarse (pág. 301 del comienzo de los Anexos de la edición francesa).

Más adelante (página 306) dice el doctor Weber en su informe que el paciente vivió durante los primeros años de su enfermedad la experiencia de *haber sufrido la destrucción completa de ciertos órganos de su cuerpo. Vivió todo un período de tiempo sin estómago, sin intestino, prácticamente sin pulmones, con un estómago desgarrado, sin vejiga, con las costillas fragmentadas, incluso deglutiendo a veces partes de su propia laringe con la comida*.

Señalo estos aspectos –Freud también lo hace– porque me parece importante que el cuadro haya comenzado, como podemos también verlo en los ejemplos clínicos que expuse anteriormente, con fenómenos íntimamente vinculados a la imagen del cuerpo. Pero no sólo esto, sino que creo que importa que en el cuadro de Schreber los fenómenos corporales hayan adquirido, por un lado, los caracteres de un **delirio de negación de Cotard**, como se ve en las melancolías delirantes, y por otro lado que estas alucinaciones tengan que ver con una **transformación corporal**.

Dice O. Manoni (7): “La hipocondría es seguramente un delirio, pero allí la alienación del lenguaje no es manifiesta y evidentemente el paciente no discurre con sus propios órganos” refiriéndose a Schreber y agrega (pág. 71): “... la alucinación referida al cuerpo sólo es, después de todo, el efecto silencioso del significante.”

El sistema delirante del paciente consiste posteriormente en creer que él está destinado a una **misión de redención del mundo, para devolverle a éste su estado de beatitud y de felicidad total**; pero para que esto pueda ser llevado a cabo, debe primero ser transformado en mujer. Llamo la atención sobre el hecho de que primero debe ser negada la realidad (ser hombre) para luego ser sustituida por la elaboración delirante (lo analizaremos luego). No es que esto lo desee –como había aparecido anteriormente en una ensoñación diurna o en un sueño– sino que es un “debe transformarse”, **basado en el Orden de las Cosas, del cual no hay ninguna posibilidad de evadirse**. Su destino, que es redimir a toda la humanidad, le convierte así en el sujeto más extraordinario que haya existido nunca sobre la tierra.

Con el curso del tiempo fueron desapareciendo los síntomas alucinarios, corporales, y haciéndosele cada vez más evidente su femineidad. Su cuerpo ha incorporado una gran cantidad de nervios femeninos que llegan a él por directa impregnación de Dios. Lo que la historia clínica muestra y Freud enfatiza, es que la idea primaria es la de ser emasculado y transformado en mujer; secundariamente aparece el delirio de redención (el informe psiquiátrico invierte los términos). Dice Freud: (8) “Esta posición puede ser formulada diciendo que un **delirio sexual** de persecución fue posteriormente convertido, en la mente del paciente, en un **delirio religioso de grandeza**”. Realización de deseo del ensueño que Schreber viviera. Y agrega (párr. 21): “**La fantasía de ser emasculado era de naturaleza primaria** y originariamente independiente

del motivo del redentor...” Más adelante señala (párr. 22): “La idea de ser transformado en una mujer era la más saliente de las manifestaciones y el **más temprano germen de su sistema delirante. También demostró ser la parte que persistió luego de su cura**, y aquella parte que pudo retener su lugar en su conducta en la vida real, una vez que se hubiera recuperado”. Dice Schreber con respecto a esto (Memorias, p 332): “La única cosa que podía aparecer no razonable a los ojos de otras personas es el hecho, ya mencionado en el informe que he hecho, de que en algunas oportunidades pudiera **encontrarme delante de un espejo o en otro lugar, con la parte de arriba desnuda, y usando diversos adornos femeninos tales como lazos, falsos collares y cosas por el estilo.**” Esta idea de transformación corporal es explicada por Schreber, en una llamada en la página 21 de las Memorias, del siguiente modo: “Cierta cosa análoga a la concepción de Jesucristo por una virgen inmaculada, es decir, por una **virgen que jamás ha tenido relación con hombres**, es lo que se ha producido en mi propio cuerpo. En dos momentos diferentes (en el tiempo en que yo aún estaba en la clínica de Flechsig) he poseído órganos genitales femeninos, aunque imperfectamente desarrollados y **he sentido en mi cuerpo movimientos bruscos como aquellos que corresponden a las primeras manifestaciones vitales del embrión humano**; los nervios de Dios correspondiendo al semen masculino que había sido proyectado en mi cuerpo por un milagro divino; una fecundación se habría así producido.” Esta voluptuosidad femenina es descrita como un **estado ininterrumpido de placer** y es descrita para el hombre y la mujer, en la página 32, como: “El estado masculino de voluptuosidad era superior al femenino; este último parecería consistir fundamentalmente en una sensación ininterrumpida de voluptuosidad.” Dicho estado es descrito en alemán con la palabra “selig”, traducida al inglés como “blissful” y al español como “estado de beatitud”, de arrobamiento, de extremo deleite. Señala Freud que se trataría de un estado de realización de deseos ofrecido por la vida del más allá en la cual el sujeto se ve libre de la diferencia de los sexos. La palabra “selig” en alemán es la condensación de dos sentidos principales, fundamentalmente el de muerte, por un lado, y el de felicidad sensual, por otro. Freud lo ejemplifica con la situación que se vive en el “Don Giovanni” de Mozart, en el dúo “La ci darém la mano”, en cuya versión alemana para describir el estado de arrobamiento y de enamoramiento se utiliza justamente la palabra “selig”.

Como los pacientes mencionados anteriormente, también Schreber, aplicando su mano a su piel y a sus pechos, logra crear esta sensación de voluptuosidad femenina, o en otros casos, a través de las imágenes visuales que es capaz de provocar, en las que su cuerpo aparece provisto de pechos y de genitales femeninos: “Se ha hecho en mí tanto el hábito de *crear nalgas femeninas en mi cuerpo*, que lo hago casi involuntariamente cada vez que me agacho” (pág. 193). Daniel Paul Schreber tomaba el nombre Daniel de su padre, y el de Paul de Pauline, su madre.

DEL MITO A LA TEORÍA

“Pertenece al futuro el decidir si es que hay más de delirio en mi teoría que lo que yo estuviere dispuesto a admitir, o si es que hay más verdad en los delirios de Schreber del que otras personas están dispuestas o preparadas para creer.” (9) “Los nervios son portadores de frecuencias vibratorias que producen las sensaciones de placer y de displacer de alguna manera que no podemos explicarnos más allá; ellos tienen la propiedad de conservar los recuerdos de las impresiones recibidas (memoria humana) y el poder al mismo tiempo de disponer de los músculos del cuerpo que habitan para cualquier actividad por medio de la tensión de su energía voluntaria.” No se trata de un fragmento del Proyecto sino de las Memorias de Schreber, pág. 23. Comentando el tratado de Kraepelin, advierte Schreber a la psiquiatría en la pág. 78: “Si la psiquiatría no quiere pura y simplemente negar todo lo sobrenatural y caer de esta manera con ambos pies en el campo del materialismo desnudo, se verá en la obligación de reconocer la posibilidad en ocasión de fenómenos de este género, a verse confrontada a hechos verdaderos que no se dejan explicar de otra forma que bajo la de procesos que se rubrican como ‘alucinaciones’.”

En una Post Data de 1912 sobre el caso, Freud establece el nexo que ve entre las ideas delirantes y la mitología, la peculiar relación del sol como símbolo sublimado paterno, en las ideas de Schreber. Señala cómo el *águila* ha representado siempre el animal que es capaz de desafiar al sol mirándolo y poner a prueba su linaje por esta peculiar condición. “*El tótem* –un animal, o una fuerza natural animísticamente– concebida, a la cual la tribu asigna su origen- concede a los miembros de la tribu el ser sus propios hijos, así como él

mismo es honrado por ellos como siendo su ancestro, y es a la vez respetado por ellos.”

Esto permitiría, para Freud, pasar de la aplicación ontogenética individual, por medio de lo que puede aportar la antropología, a una concepción de tipo filogenético. Creo que el camino no es el de rastrear aquel primer resto de verdad histórica que menciona Freud, ya sea en los orígenes de la diferencia de sexos, del lenguaje o del destino de la horda primitiva. Lo enormemente valioso del trabajo freudiano es esta capacidad para descubrir la repetición de las mismas estructuras una y otra vez, sea en la neurosis, la perversión o la psicosis, sea en el romance familiar, en el cuento de hadas, en la literatura o en el mito. Estos temas básicos –al decir de Lévi-Strauss– son unos pocos, pero adquieren significaciones muy diferentes según cuáles sean los campos en que se estructuran.

La idea es la de rastrear y caracterizar este modelo de madre primitiva, sus formas de manifestarse y las consecuencias que de ello surgen.

Más allá de que la explicación de la figura materna andrógina, que describiera Freud con relación al caso de Leonardo, sea adecuada o no, procuremos seguir el descubrimiento y la concepción que fue desarrollando a partir de ella. Pensaba Freud que, entre los egipcios, el origen del uso del buitre como símbolo de la maternidad estaba vinculado a la creencia de que entre estas aves sólo existían hembras. La deidad materna era representada por los egipcios como una mujer con cabeza de buitre, senos y con un pene en erección. Sólo la combinación de elementos masculinos y femeninos puede ofrecer la representación de la divina perfección, y Freud se sorprende ante este enigma psicológico por el cual la imaginación humana no titubea en asignar, a aquello que va a ser representante de la esencia de la maternidad, la marca de la potencia viril, que es lo opuesto a todo lo que puede considerarse maternal. Dice Freud que no es un monstruo lo que se construye sino que simplemente se trata de la imagen más primitiva que el niño tiene del modo como concibe el cuerpo de su madre. (10)

Por esta época, a Freud le llamaba la atención esta posibilidad de identificarse con este objeto fálico, o con este representante fálico y la relación que en la patología descubría entre la homosexualidad, el narcisismo, y la casi total ausencia de la figura del padre en estos pacientes.

Más adelante, en este mismo trabajo Freud se pregunta por qué tantas personas **sueñan que son capaces de volar**. Los bebés son traídos por las cigüeñas, en los tiempos primitivos el falo era representado con alas, en la época actual se designa con el término de “pájaro” al pene en muchos idiomas, e incluso ciertos rituales primitivos seccionan el órgano genital masculino longitudinalmente, separando los cuerpos cavernosos y dándole así el carácter de un pene alado. En más de una oportunidad, cuando Freud se refiere al sueño tan corriente, pero básico, incluso uno de los sueños típicos, el de volar, lo interpreta como relacionado con la omnipotencia narcisista de estar encima de todos, de tener un poder extraordinario, y a la vez por el hecho de ascender en el aire, como un representante de la erección.

En la Post-Data de la Psicología de las Masas y Análisis del Yo, Freud señalaba cómo en los cuentos infantiles muchas veces el héroe se ve ayudado por cantidades de pequeños insectos tales como abejas u hormigas que: como en los sueños, aparecen representando a los hermanos. Sin embargo, lo que Freud no señaló fue, por un lado, la organización matriarcal de hormigas y abejas, el hecho de que la abeja constituye un animal alado que a la vez es poseedor de un aguijón. Tampoco lo hizo cuando en el Hombre de los Lobos confirma la conexión entre la escena de Grusha y el temor a la castración, que ilustra con el sueño en el cual el hombre de los lobos arranca las alas a una **wespe**, a la vez avispa e iniciales del nombre. Todo concurre en este animal para mostrarnos una organización dirigida por una reina a quien sigue todo el enjambre, donde el macho tiene un papel totalmente secundario que lo hace pasar inadvertido; y en un papel de castrado (muerte en el vuelo nupcial). En el caso de la abeja, se da la concurrencia por un lado del aspecto oral, la miel, su color oro, lo valioso que se almacena, que apunta al aspecto anal, y el aguijón, modo de representación del poder fálico propiamente dicho.

El cuento de hadas de los hermanos Grimm titulado La Reina de las Abejas, comentado por Bruno Bettelheim, (11) trata de tres hermanos, los dos mayores de vida disoluta determinada por el principio del placer, y un tercer hermano llamado Bobo, que es el que en última instancia consigue pasar todas las pruebas a las cuales es sometido por un hombrecillo que habita un castillo donde todo ha sido convertido en piedra y sumido en un sueño profundo. En esta empresa Bobo es ayudado por cinco mil hormigas en la primera prueba, por patos en la segunda, y en la tercera por la reina de las abejas que no sólo

salva a Bobo sino que, cuando éste tiene que escoger entre las tres princesas, determina la elección parándose en los labios de la que Bobo debe elegir. Vamos a ver más adelante el papel que para Freud juega el hecho de la elección de la tercera princesa.

En el mencionado libro de Bettelheim, el autor hace una interpretación del cuento de los hermanos Grimm y Perrault, "Caperucita Roja", que formula en términos edípicos, ya que presenta a Caperucita como la niña que ha llegado a la pubertad y procura seducir al lobo padre. En relatos y en sueños muchas veces vemos aparecer diferentes animales similares al perro, pero que aparecen con una larga cola de lobo. Mi impresión es que el lobo representa algo que está más allá de esta interpretación edípica, y es que a quien realmente representa es a la primitiva madre fálica.

Los elementos a favor de ello serían los siguientes: en primer lugar, el hecho de que en las diferentes versiones del cuento, parecería ser la madre quien instiga a Caperucita a ir a la casa de la abuela, sin tomar mayores precauciones para defenderla del lobo; en segundo lugar, el lobo, que mata a la abuela, aparece en la cama, justamente, disfrazado de mujer; en tercer lugar, los elementos que para Caperucita pudieran aparecer como fóbicos no lo son, sino que más bien lo son de admiración, una vez que se mete en" la cama con el lobo. Más bien parece seducida por los enormes dientes, enormes orejas, enormes manos, largos brazos, que son referencias a desplazamientos e investiduras de partes del cuerpo con evidente carácter fálico, frecuente en casos de análisis de mujeres. El ser devorada, a su vez, parece mucho más la referencia a la madre oral que Freud describiera en relación a los primeros años del desarrollo psicosexual, sobre todo de la niña; madre oral con la que por un lado se busca la fusión, y que a la vez se vive como aniquilante. Pienso que en el cuento aparece por un lado este deseo de fusión y de vuelta a los primeros años de vida, junto con el terror de aniquilamiento y posterior triunfo ante esta fusión, al volver a la vida la abuela y Caperucita por obra del leñador. Es decir, que madre e hija deben renacer, como rito iniciático, a la vida, una como mujer, la otra aceptando el lugar de abuela que va a asignarle la hija, pero este renacimiento tiene que ser efectuado por el corte que imprime el cuchillo del hombre joven, que es el único que puede inscribir a la joven púber en la vida heterosexual normal y que es, a la vez, el autor de la "castración de la madre" y la aceptación por parte de ésta de su condición femenina.

Sabemos, y así lo desarrollará Freud en su trabajo, que el delirio constituía, para él, el modo de la cura psicótica de la paranoia en Schreber. Pienso que en el caso del paciente transexual esta cura parecería estar cabalgando entre la perversión y el delirio, aunque me inclino por esto último, ya que el modo de inscribirse en el Orden de las Cosas –que dijera Schreber– es mediante esta falsa transformación en mujer, que va a permitirle al paciente inscribirse en un orden legal que se constituye en la casi única meta de su vida. La cura aquí aparece instalada en el cuerpo, limitada al cuerpo, y si bien para el paciente es “su cura”, para el cirujano que realiza la intervención que Schreber describiera se constituye en la locura de la medicina. Diría Freud, hablando de uno de los pacientes de Tausk: “... la relación del paciente con un órgano corporal (el ojo) se ha arrogado a sí mismo la representación de todo el contenido (sus pensamientos). Aquí, el esquizofrénico exhibe un rasgo hipocondríaco: se ha convertido en “Lenguaje de órgano”.

Podría esto apuntar a aquello que Freud señalara en un artículo llamado al pie de página en la Adición Metapsicológica a La Interpretación de los Sueños: (12) “Puedo agregar a modo de suplemento que todo intento de explicar la alucinación debiera comenzar por su forma NEGATIVA en vez de hacerlo con la alucinación positiva.” Curiosamente (además del Cotard que participa del carácter de una alucinación negativa) Schreber relata en la página 94 de sus Memorias un fenómeno alucinatorio (citado por Bleuler) que consiste en: “Aun hoy en día, no puedo convencerme de que sea errónea la suposición //de que los hombres, en este caso su cuidador, fueran sólo “imágenes de hombres”// porque estoy de manera decisiva y segura convencido, por ejemplo, de recordar múltiples veces, en aquellas luminosas mañanas de junio, que aquel “hussier de la corte de apelaciones”, que dormía en mi cuarto en un lecho aparte venía a fundirse con su lecho: quiere decir que estoy convencido de haberlo visto volatilizarse progresivamente de manera que su lecho quedaba vacío sin que yo pudiera decir que se hubiera levantado o que la puerta de la habitación hubiese sido abierta para dejarle salir.” ¿Es que la diferencia del neurótico que se paraliza fóbicamente ante la angustia de la falta que el perverso obtura con el fetiche, el transexual en su delirio corporal o Schreber se identifican justamente con dicha ausencia? Secundariamente es que ante la parálisis provocada por la mirada a la Medusa se construye el delirio, el fetiche o la fobia que indirectamente son el reflejo en el escudo de Teseo.

Psicóticos y perversos, no tienen otra alternativa que sustraerse al interés de la especie, la procreación, e inscribirse en un orden individual que los convierta en la reina procreadora del delirio o la perversión. Evas que desalojaron al hombre de su lugar y donde vemos repetirse la historia de aquella primera Evita, refundando el orden y el origen a través del mito individual.

En la parte del Numeral IV, Número 5, de "Tótem y Tabú", (13) dice Freud: "De esta manera rescataron a la organización que les había hecho poderosos y que puede haber estado basada en actos y sentimientos homosexuales, originados posiblemente durante el período de su expulsión de la horda. Aquí también, puede posiblemente haber estado el *germen de la institución de la matriarquía* descrita por Bachofen (1861), *que fuera a su vez reemplazada por la organización patriarcal de la familia.*" (fin de párr. 10). "No puedo sugerir en qué punto de este proceso del desarrollo tuvo lugar la *aparición de las grandes deidades maternas, que probablemente hayan precedido en general a los dioses paternos*" "La familia fue un restauramiento de la primitiva horda y *devolvió a los padres sus primitivos derechos, en gran parte.*" "La doble presencia del padre corresponde a dos sucesivos sentidos, cronológicamente, de la escena." (Numeral 6, párr. 7). En la Post Data de la Psicología de las Masas, dice Freud: "La mentira del mito del héroe culmina en la deificación del héroe. Posiblemente la deificación del héroe haya ocurrido en forma anterior al Dios padre, y haya sido el precursor del retorno a la deidad del padre primitivo. Las series de dioses, por lo tanto, serían cronológicamente: deidades maternas - héroe - dios - padre. Pero es sólo con la deidad que adquiere las características que aun hoy se le reconocen a él." (B. párr. 6).

Veamos el modo de pensar de otros autores. Lévi-Strauss (14) dice que así como Freud mostró que el histérico no era un loco distinto a nosotros y acercó a las personas normales a los trastornos neuróticos mostrando que no se trata de individuos diferentes, lo mismo ocurre y ocurrió en antropología con la idea del hombre salvaje o primitivo. Hablando de Frazer, dice que no es por causa de ignorancia que este autor amalgamara el totemismo y la paternidad fisiológica, sino que el totemismo aproxima el hombre al animal y la supuesta ignorancia del papel desempeñado por el padre en la concepción culmina en la sustitución del progenitor humano por espíritus más próximos aun de las fuerzas naturales. Este "partido de la naturaleza" proporciona una piedra angular que haría posible, en el seno mismo de la cultura, aislar al salvaje del

civilizado. Más adelante señala: “En primer lugar, *el totemismo es la proyección fuera de nuestro universo y como por obra de exorcismo de actitudes mentales que son incompatibles* con la exigencia de que exista entre el hombre y la naturaleza una discontinuidad considerada esencial por el pensamiento cristiano.” Y luego: “Al amalgamar el sacrificio y el totemismo, se obtenía una *manera de explicar al primero como una supervivencia o vestigio del segundo*, y así también una manera de *esterilizar las creencias subyacentes, desembarazándolas de todo lo que pudiese haber de impuro en una idea de sacrificio*, viviente y operante; o por lo menos, disociando esta noción con objeto de distinguir dos tipos de sacrificios, diferentes por su origen y por su significación.” Freud decía en *Tótem y Tabú*: “De este modo el Psicoanálisis, en contradicción con puntos de vista más recientes sobre el sistema totémico pero de acuerdo con otros más tempranos, requiere que asumamos que el totemismo y la exogamia se hallen íntimamente conectados y que tengan un origen simultáneo.” (IV último párrafo del numeral 5).

En su “*Antropología Estructural*” (15), cuando Lévi-Strauss analiza la estructura de los mitos y en particular el mito de Edipo en diferentes culturas, se pregunta qué es lo que este mito así interpretado significaría, y piensa que lo que expresa es la imposibilidad en que se encuentra una sociedad que profesa creer en la autoctonía del hombre, para pasar de esta teoría al reconocimiento del hecho de que cada uno de nosotros ha nacido realmente de un hombre y una mujer. La dificultad es insuperable, pero el mito de Edipo ofrece una suerte de elemento lógico que permite tender un puente entre el problema inicial –¿se nace de uno o bien de dos?– y el problema derivado, que se puede formular aproximadamente así: ¿lo mismo, nace de lo mismo o de lo otro? De esta manera se desprende una correlación: la so breva l oración del parentesco de sangre es la subvaloración del mismo, como el esfuerzo por escapar a la autoctonía es la imposibilidad de lograrlo. La experiencia puede desmentir la teoría pero la vida social verifica la cosmología en la medida en que una y otra revelan la misma estructura contradictoria. Entonces, la cosmología es verdadera. La experiencia que desmiente es la de la el mica y/o de la experiencia artística.

En el “*Tratado de Historia de las Religiones*” (16), Mircea Eliade, al hablar de la pareja primordial Cielo-Tierra, analiza las historias sobre la creencia del origen de los niños y dice: “El hombre no interviene en la creación. *El padre no*

es padre de sus hijos sino en el sentido jurídico, y no en el sentido biológico de la palabra, ¿os hombres sólo están unidos entre ellos por las madres, y aun este lazo es precario, pero los hombres están unidos al medio cósmico que los rodea de una manera infinitamente más estrecha de lo que puede concebir una mentalidad moderna, profana.” “El padre humano no hace sino legitimar a estos hijos por un ritual que posee todos los caracteres de la adopción.” En un libro titulado “Mefistófeles y el andrógino”, (17) Mircea Eliade nos dice: “A fin de cuentas, es el deseo de recobrar esta unidad perdida la que empuja al hombre a concebir los opuestos como los aspectos complementarios de una realidad única. Precisamente a partir de tales experiencias existenciales, provocadas por la necesidad de trascender los contrarios, es cuando comienzan a articularse las primeras especulaciones teológicas y filosóficas. Antes de convertirse en conceptos filosóficos por excelencia, el uno, la unidad, la totalidad constituían nostalgias que se revelaban en los mitos y en las creencias y eran realizados en los ritos y en las técnicas místicas. A nivel del pensamiento presistemático, el misterio de la totalidad traduce el esfuerzo del hombre por acceder a una perspectiva desde la cual los contrarios se anulen. El espíritu del mal se revela incitador del bien, los demonios aparecen como el aspecto nocturno de los dioses. El hecho de que estos temas y motivos arcaicos sobrevivan todavía en el folklore y surjan continuamente en los mundos onírico e imaginario prueba que el misterio de la totalidad forma parte integrante del drama humano. Aparece bajo múltiples aspectos y en todos los niveles de la vida cultural: tanto en la teología mística y en la filosofía como en la mitología y en el folklore universal; tanto en los sueños y en las fantasías de los modernos como en las creaciones artísticas.” En Mito y Realidad (18) dice Eliade: “Al lado de los dioses supremos y creadores que pasan a ser ‘dii otiosi’ y se eclipsan, la historia de las religiones conoce dioses que desaparecen porque les dieron muerte los hombres (precisando más, los antepasados míticos). Contrariamente a la ‘muerte’ del deus otiosus, que no deja sino un vacío rápidamente ocupado por otras figuras religiosas, **la muerte violenta de estas divinidades es creadora. Algo muy importante para la existencia humana aparece a consecuencia de su muerte. Esta creación participa de la sustancia de la divinidad asesinada** y por consiguiente, prolonga en cierto sentido la existencia. **Asesinada in illo témpora, la divinidad sobrevive en los ritos mediante los cuales el crimen se**

reactualiza periódicamente. En otros casos, sobrevive especialmente en las formas vivas (animales, plantas) que han surgido de su cuerpo”, “**la divinidad asesinada no se olvida jamás, aunque puedan olvidarse algunos detalles de su mito.** Menos aun se puede olvidar que **es especialmente después de su muerte cuando se hace indispensable a los humanos.** Veremos en seguida que en numerosos casos está presente en el propio cuerpo del hombre, sobre todo por los alimentos que consume. Mejor dicho: la muerte de la divinidad cambia radical mente el modo de ser del hombre. **En ciertos mitos, el asesinato inspira el escenario de un ritual iniciático, es decir, de la ceremonia que transforma al hombre ‘natural’ (el niño) en hombre cultural”.** “La morfología de estas divinidades es extremadamente rica y sus mitos son numerosos. Sin embargo, hay algunas notas comunes que son esenciales: **estas divinidades no son cosmogónicas; han aparecido sobre la Tierra después de la creación y no han permanecido en ella mucho tiempo; asesinadas por los hombres, no fueron vengadas y no han guardado siquiera rencor a los asesinos; por el contrario, les han mostrado cómo sacar provecho de su muerte.** La existencia de estas divinidades es a la vez misteriosa y dramática. La mayor parte del tiempo se ignora su origen: se sabe solamente que han venido sobre la Tierra para ser útiles a los hombres, y que **su obra maestra deriva directamente de su muerte violenta.** Se puede decir también que estas divinidades **son las primeras cuya historia anticipa la historia humana: por una parte, su existencia está limitada en el tiempo; por otra, su muerte trágica vale para constituir la condición humana.”**

Decía Freud en *Tótem y Tabú* (19): “La religión totémica surgió del sentimiento filial de culpa, en un intento para aliviar este sentimiento y para aplacar al padrea través de una obediencia diferida hacia él. Todas las religiones posteriores aparecen como intentos para resolver este problema. Varían en cuanto al nivel de civilización en el que aparecen y de acuerdo a los métodos que adoptan, pero **todas apuntan en última instancia a lo mismo y son reacciones ante el mismo gran evento con el que la civilización comenzara y que, desde que ocurriera, no ha permitido a la raza humana un momento de descanso.”**

Recapitulemos a modo de consideraciones que apunten a posibles conclusiones. Aparentemente todos los pacientes hablan un “orden” o un “sistema” que incluye la distinción de dos géneros, hombres y mujeres. Sin embargo, la patología los inscribe de modos muy diferentes. También vemos que las posibles modalidades no son infinitas sino unas pocas y que éstas se repiten con las mismas características, ya se trate de mitos, religiones, eventos infantiles, expresiones artísticas o pacientes. No sé qué “grado de verdad histórica” podemos asignar a conceptos que hemos visto repetirse en diferentes autores, tales como el surgimiento del totemismo, el origen del lenguaje, de la organización social, lo cultural, la horda primitiva y su destino, etc. Pero podemos proceder como decía Freud en el Esquema: como el físico que no se pregunta “qué es” la materia o la energía sino que se ocupa de descubrir las leyes que las gobiernan y organizan.

Veamos entonces a qué podemos llegar por esta vía con los ejemplos propuestos en relación al Edipo y a los diferentes registros de lo que llamamos “realidad”.

En Schreber el delirio sexual de transformación corporal lo convierte en la mujer madre de la humanidad que estructura el sistema delirante elaborado secundariamente como cura de tal transformación. En el transexual la transformación también se sustenta en el deseo de una Eva pero queda limitada a un Orden de las Cosas que reconoce el orden social y que no lo lleva mucho más allá del delirio hipocondríaco. El perverso lucha contra este deseo y halla su cura en el orden homosexual con su cortejo de concepciones sociales, estéticas y morales. En los dos primeros el proyecto, aunque diferente, es llevado a cabo en lo real; en el tercero es imaginario. Esta diferencia entre psicosis y perversión tiene su correlato con relación a la castración como forclusión o renegación. En los tres la unión con la madre, la ausencia paterna, la representación narcisista de sí o de la madre en todas sus múltiples formas de falicismo hace sucumbir a éste en la psicosis o la perversión a través del deseo incestuoso. El fetichismo (la perversión), paradigma de la ausencia de castración de la madre, es la antesala de la paranoia.

Otra cosa es este padre primitivo (Dios insaciable) que por los desfiladeros del significante puede advenir ante la reina del mito, desplazamiento totémico en el animal fobígeno (lobo, abeja, gallina) con sus atributos del lugar que debe ocupar, real y limitado. Su despliegue en la palabra

remitida al analista desimagariza las identificaciones en el orden simbólico que lo representa como sujeto en un significante para remitirlo una y otra vez a otro significante. No deja de llamar la atención cómo regresivamente se inviste desde una inscripción simbólica, a lo que hace el artista en el héroe, el “niño maravilloso” de la representación narcisista en la perversión, o a la deidad fálica en la psicosis.

Fácilmente, a través de los diversos registros que la castración puede asumir, podríamos recaer en una nueva nosografía simplista. El Hombre de los Lobos es un ejemplo del modo de no hacerlo. La línea orientadora debe ser la estructura edípica, donde deseo, incesto y castración son inseparables. Se es o recibe el falo de la madre o ésta fue castrada por el padre, lo que anula la diferencia de sexos, aquella en la cual cada uno busca su falta en el otro y sin lo cual no hay origen.

No deja de llamar la atención que fetichismo y transexualidad sean patrimonio del sexo masculino. La razón de esto, tal como yo lo veo, es que en el análisis de mujeres encontramos múltiples catectizaciones fálicas de diferentes partes del cuerpo (todo él tal vez sea lo más frecuente) u objetos que lo adornan, sin por eso salir del campo de las neurosis. Perrier y Granoff (El problema de la perversión en la mujer. W. Granoff-Perrier F., Ed. Grijalbo), en La perversión femenina, sostienen que las únicas perversiones femeninas son la maternidad y la cirugía reparadora. Lo que complica el desarrollo psicosexual del hombre es que para hacer de su primer objeto de identificación una relación de objeto debe cambiar este objeto de identificación que cambia de sexo y exige el reconocimiento de esa diferencia. Parece clara la presencia del padre, la deuda y la identificación con él; no así en el transexual, donde lo que descuella es el deseo de la madre, aunque no sea más que a través de una mirada. El ejemplo de Schreber es único en tanto permite seguir el camino de la homosexualidad sublimada como juez, su fracaso, el de la homosexualidad manifiesta, el de la transexualidad y el triunfo megalomaniaco del delirio.

NOTAS

(1) Mémoires d'un neuropathe. Ed. du Seuil (pág. 58).

- (2) Los trabajos de Robert Stoller son muy importantes para ubicar y delimitar esta entidad clínica. Ya lo plantea en un libro publicado en 1968, titulado "Sex and gender". Son accesibles los trabajos del mismo autor que figuran en la Nouvelle Revue de Psychanalyse (N.R. de P.) de los años 1971 y 1973, y su libro más reciente de 1975, titulado "La perversión" (Vol. 1-2 New York: Science House). Se puede decir que de 1968 a 1975 este autor no ha modificado significativamente su modo de pensar con respecto al tema.
- (3) N.R. de P., N°. 4. Effets et formes de l'illusion: Création d'une illusion: l'extrême féminité chez les garçons, p. 73-94.
- (4) N.R. de P., N°. 7. Bisexualité et différence de sexes: Faits et Hypothèses: un examen du concept freudien de bisexualité, pág. 135-158.
- (5) La Perversion - Forme Erotique de la Haine - Payot, París, p. 165-240.
- (6) Estudios sobre el Edipo. Ed. Siglo XXI. Contribución al psicoanálisis del tran-sexualismo. p. 77-100.
- (7) La Otra Escena, Ed. Amorrortu, pág. 69.
- (8) S. Freud: Observaciones psicoanalíticas de un caso de paranoia (dementia paranoides) autobiográficamente descrito, Standard Edition (S.E.), T.XII (I). El caso clínico, párrafo 14.
- (9) S. Freud. S.E., T.II. Notas sobre un caso de paranoia - (III) Mecanismo de la paranoia - penúltimo párrafo.
- (10) S. Freud. S.E., T. XI. Leonardo da Vinci y un recuerdo de su infancia, pág. 63, párrafo 138.
- (11) B. Bettelheim: Psicoanálisis de los cuentos de hadas, Ed. Grijalbo, pág. 108.
- (12) S. Freud. S.E., T. XIV, párr. 20 (llamada N°. 3).
- (13) S. Freud. S.E., T. XIII. Fin de párrafo 9.
- (14) Claude Lévi-Strauss: El totemismo hoy en día. Ed. Fondo de Cultura Económica. Breviarios, pág. 9 a 12.
- (15) C. Lévi-Strauss - Antropología Estructural. Ed. Eudeba, pág. 196 y ss.
- (16) Ed. Era S.A. Capítulo VII: La Tierra, la mujer y la fecundidad, pág. 220 y ss.
- (17) M. Eliade. Ed. Guadarrama: 2. Mefistófeles y el andrógino o el misterio de la totalidad, Significación de la Coincidentia Oppositorum. pág. 156.

- (18)** Ed. Guadarrama. Capítulo VI. Mitología, Ontología, Historia. La divinidad asesinada, pág. 114 y ss.
- (19)** S. Freud. S.E., T.XII I-IV - Numeral (5), párrafo 12.